
*ALFONSO DE CARTAGENA
EN CONTEXTO.
UN PATRIMONIO TEXTUAL*



*BIBLIOTECA CARTAGENA
MMXVIII*

ALFONSO DE CARTAGENA
EN CONTEXTO
UN PATRIMONIO TEXTUAL

BIBLIOTECA CARTAGENA
número 0

Juan Miguel Valero Moreno
dirección

Laura Ranero Riestra
coordinación

consejo científico y editorial
www.bibliotecacartagena.net

Proyecto de Investigación
Alfonso de Cartagena. Obras Completas
ACOC FFI 2014-55902-P & FFI 2017-84858-P
Ministerio de Economía y Competitividad
Gobierno de España – Fondos FEDER (UE)

Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas
y Humanidades Digitales
Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas
Universidad de Salamanca
(Biblioteca Histórica)

La exposición se abrirá al público en la inauguración oficial del VII Congreso de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, «Patrimonio Textual y Humanidades Digitales», y se podrá visitar en la Sala Noble de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, concertada cita previa

EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA
*ALFONSO DE CARTAGENA EN
CONTEXTO. UN PATRIMONIO
TEXTUAL. EN OCASIÓN DEL VII
CONGRESO DE LA SOCIEDAD
DE ESTUDIOS MEDIEVALES Y
RENACENTISTAS* 🐼 🐼 🐼 🐼 🐼

SALAMANCA, IV-VI
DE SEPTIEMBRE DE MMXVIII
BIBLIOTECA HISTÓRICA
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Al cuidado de
ÓSCAR LILAO FRANCA, GEORGINA OLIVETTO
& JUAN MIGUEL VALERO MORENO



SALAMANCA
BIBLIOTECA CARTAGENA
MMXVIII

TABLA

I Dintel	9
II Alfonso de Cartagena, claro varón	27
III Catálogo	33
IV Coplas a la muerte de Alfonso de Cartagena	79
V Breve historia de la Biblioteca Universitaria de Salamanca	87

SEMYR

ISBN: 978-84-946724-6-0

D.L.: S. 303-2018

© de los textos y catálogo, sus autores
composición, Jáser Proyectos Editoriales
impresión, Nueva Graficesa

DINTEL

BIBLIOTECA PERDIDA Y BIBLIOTECA SOÑADA. *Gone with the wind*. Como los hombres los libros, hojas secas caídas del árbol de una civilización que declina, la del Otoño de la Edad Media. Se presenta aquí una indagación parcial sobre la genealogía de los hombres y los libros, o al revés, sobre los libros de determinados hombres, al fin de un hombre, Alfonso de Cartagena, que confió a sus libros una forma de estar en el mundo. Son escasas las bibliotecas personales, ya sea de la nobleza señorial, ya de la eclesiástica, que se han conservado, y estas, por diversos azares de la historia, ni íntegras ni coherentes con la vida que se les puede suponer en los años de su formación. Algunas han sido tristemente célebres y, de haberse conservado tal y como han sido reconstruidas o imaginadas, nos

habrían deparado pistas muy valiosas para comprender la historia literaria del siglo xv.

Se piensa, naturalmente, en aquella biblioteca legendaria de don Enrique de Villena, a la que se atribuyen textos funestos o, cuanto menos, nocivos. Se han podido conocer con relativa aproximación, siempre nos referimos a Castilla, bibliotecas sustanciales entre las de los nobles que florecieron durante el reinado de Juan II: así la del Conde de Benavente, la del Conde de Haro, la del Señor de Batres y, desde luego, la del Marqués de Santillana; derivada en parte de la de Juan II, los restos, también, de aquella biblioteca regia, esto es, la que conformaron los libros de Isabel la Católica¹.

Es desigual la constancia o huella de las bibliotecas de prelados y hombres de letras, que hubieron de ser más ricas y más numerosas de lo que hoy sabemos. Espejo sobre el que reflexionar será siempre la biblioteca de Benedicto XIII (y por extensión las que se relacionan con los Luna), figura cuya impronta en Salamanca no puede pasarse por alto². En torno a esta ciudad de los saberes circularon los libros de algunos de aquellos hombres fuertes en letras: Juan de Segovia, Diego de Anaya, Alfonso Fernández de

Madrigal o Alfonso de Cartagena³. Los libros del obispo de Burgos y los que se encuentran en su órbita son los que aquí se consideran en su esencia patrimonial.

Existió una Biblioteca de Alfonso de Cartagena (una *Biblioteca Cartagena*), personal, que derivó luego en un legado. Pero, al igual que otras donaciones de este tipo, como la realizada por su padre don Pablo de Santa María el 12 de noviembre de 1431⁴, se disolvió y hoy no la conocemos en su integridad, o somos en la práctica incapaces de dilucidar cuáles son los libros que de ella puedan haberse salvado.

Se conocen, con todo, detalles concretos del cuidado con que don Alfonso atendió las necesidades de su catedral. Luciano Serrano adujo, por ejemplo, el documento por el que el obispo ordena la compra, por seis mil maravedís, de dos volúmenes que contenían los *Moralia in Job* de san Gregorio, con la intención de que permanecieran en la *librería* de dicha iglesia, «para los poner en el choro»⁵. Alfonso de Cartagena amó tanto a sus libros, los propios y algunos de los que le rodearon, que le acompañaron en la capilla de la Visitación de la Catedral de Burgos⁶. Allí, se diría que, sin duda, pudieron ser consultados durante las últimas décadas

del siglo xv y las primeras del xvi. Pero ya en el inventario de 1488 que se conserva advertimos que, a pesar de los obstáculos físicos y morales, había desaparecido de su armario (se había hurtado, para ser más precisos) un Séneca «romanceado e glosado», «e quebraron la cadena e sacaron cartas de excomunió». Luego, no nos es dado saber qué ocurrió exactamente con sus libros⁷.

Sin embargo, y de manera excepcional, han permanecido varias fuentes inmediatas a la muerte de Alfonso de Cartagena que muestran el estrecho vínculo entre su vida u obra. En estas piezas, que traslucen una llamativa familiaridad, se encuentran importantes noticias sobre la biblioteca de don Alfonso y las obras de su autoría o que de él dependen. Cartagena no solo siguió trabajando en nuevos textos prácticamente hasta el último suspiro, sino que dejó proyectadas obras que se continuaron una vez que él desapareció, como el *Valerio de las estorias escolásticas de España*, que había de inspirarse en Valerio Máximo, y por ende en su atenta lectura, tal y como nos informa en su prólogo el murciano Diego Rodríguez de Almela, discípulo, camarero y familiar suyo desde 1440, es decir, desde el momento mismo en que el prelado se incorpora al gobierno de su Diócesis.

Contaba entonces el joven Rodríguez de Almela catorce años, y, según relata a su amigo Juan Manrique en los textos preliminares del *Valerio* (el último de ellos fechado en 1462), aprendió junto al obispo la gramática, de donde tomó afición al ocio letrado gracias a los «muchos libros de diversas sciencias» que don Alfonso atesoraba en su «cámara». Esta biblioteca que, a tenor de las palabras de Almela, cabe calificar de personal, reunía libros de teología, filosofía, leyes y cánones (es decir, textos de derecho *in utroque*), así como diversas historias y crónicas, en especial de historia de España. Otros libros sacros (la Biblia y sus *auxilia*) o la *Historia scholastica* de Pedro Coméstor, que Almela también digirió, pudo haberlos tratado en la librería de cámara de su señor o en la más común del Cabildo, en la que todavía figuran algunas de estas piezas.

No es, sin embargo, en la dedicatoria del *Valerio*, donde Almela hace recuento de la obra propia de Cartagena, sino en el cuerpo mismo de este libro, en un título dedicado al tema «de estudio e industria» (VIII, vi, ix). Entre los hombres científicos y estudiosos de los reinos de España que ahí figuran se cuentan, entre otros, Rodrigo Jiménez de

